



LATT 92: Diana Raznovich y José Triana.

Cruzando el puente
(Obra en un acto)

José Triana

Para Lino Novás Calvo

Amour qui est seul amour . . .
Agrippa D'Aubigné,
Le Printemps.

Le passant anonyme et qui donne l'échelle voit
paraître l'autre ciel . . .
Jean Reda,
Récitatif.

Nota:

La luz figura como un elemento fundamental en la puesta en escena. Puede considerarse un personaje, una energía activa que describe claras imágenes concretas. Recordar a Michelangelo Caravaggio.

Para la puesta en escena, si el director lo considera necesario puede utilizarse la música siempre de un modo discreto, casi imperceptible. Pienso en algunos momentos privilegiados, como el danzón *Almendra*, las danzas de Cervantes o Saumell, algún solo de trompeta de Paquito Rivera, y algunas notas de percusión que a ratos celebra la memoria, me refiero al toque hondo de Tata Guines. Insisto en un diseño sutil, el mismo que debe emplearse en los efectos luminotécnicos. Vale.

Lugar: Un escenario

Epoca: Finales de los 80.

Personaje: Heriberto.

Entrado quizás en la cincuentena, lleva un traje blanco bastante esmirriado, con zapatos de dos tonos, blanco y negro, un sombrero de jipijapa. Fuma una breva fatigada y tal vez maloliente, y que enciende con bastante frecuencia. Entra a escena. Silba una canción popular y arrastra una carretilla o carromato donde se encuentran los más inverosímiles trastos, así como plumeros, velas, sillas destartaladas, vasos, botellas, vestidos de mujer, maracas, claves, sombreros, abrigos, candelabros, libros variados, una escoba, que irá utilizando en la mise-en-scène. Al entrar al escenario, se sorprende y corre otra vez a las bambalinas, dejando abandonado el carromato. Pausa. Se asoma. Hace un gesto simpático. Vuelve a esconderse. Entra a escena muy seguro de sí mismo, toma los manubrios del carromato, lo pasea y lo coloca, de acuerdo a las instrucciones del director. Comienza a colocar los muebles y utensilios en el escenario. Juego, destreza, sueño.

Luz intermedia que se transforma gradualmente según un concepto bien definido del director. Daña el exceso. La simplicidad siempre es efectiva.

Heriberto: *(Al público.)* ¡A mí, déjenme tranquilo! ¡Está bueno ya de fulastrerías! . . . Loco-loco no estoy . . . Digan lo que quieran, hagan lo que hagan, a mí, déjenme tranquilo . . . ¡Tal parece que se han encarnado!

(En un ex-abrupto.)

¡Por favor, que no se diga, mi hermano! . . .

(Otro tono.)

Una cosa es con flauta y otra con violín. Sí.

(Muy concreto, austero.)

Usted tiene una puerta aquí y una puerta allá. Un puente. La verdad de las verdades que es la más hermosa de todas las verdades.

(Pausa. Se palpa los bolsillos de la chaqueta y de los pantalones. Extrañado, repite la misma maniobra. Descubre lo que busca en el bolsillo trasero del

pantalón. Saca un pedazo de tiza y crea un enorme círculo alrededor de él. Se coloca en el centro. Gira sobre sus pies. Mira desde este punto la circunferencia que ha trazado, da grandes zancadas hacia el extremo que tiene delante, intentando medir el espacio, viendo si corresponde a su cálculo, si guarda una proporción adecuada, si conserva la medida deseada. Repite la misma operación, con el otro extremo que estaba a sus espaldas, mira al público y sonrte, intentando hacerlo cómplice de sus actos. Mira hacia la derecha, también a la izquierda del círculo. Realmente busca la equidistancia justa del centro. Comprueba, malhumorado, que existe una pequeña diferencia hacia el lado izquierdo, y la corrige. Observa su corrección, y tararea o silba la canción: "Allá en la Siria . . .". En el lado derecho, determina un pequeño arreglo. Satisfecho, contempla tanto al lado izquierdo como al derecho. Mira al público y sonrte. Considera que su trabajo ha cumplido su cometido inicial. Guarda el pedazo de tiza en un bolsillo. Se limpia las manos dándose palmadas. Pausa. Otro tono, enseriándose.)

¡A mí, tranquilo! ¡Tranquilo-tranquilo! . . . Pues, loco-loco no estoy . . .

(Otro tono.)

¿Quieren saber lo que pasó? Pues es muy sencillo . . . ¡Sencillísimo! . . . ¡Bueno, tan sencillo no es! Porque aquí donde usted me ve, trato de devanarme los sesos para saber qué fue, cómo y por qué . . ., él, ángel o demonio, o las dos cosas al mismo tiempo, o una exhalación de los espíritus, o un espíritu . . . ¡Mire, la piel se pone de gallina!..

(Pausa. Otro tono.)

En definitiva, por qué tengo que averiguarlo. ¡Eso de andar rastreando, me jode! . . ., y a nadie le interesa, ni debe meter el hocico, que ése es asunto mío, mío, y de nadie más . . .

Saca del carromato y besa algunas efigies de Santos descascaradas, maltratadas y las agrupa al final en el borde del círculo en primer plano, frente al espectador, creando fortuitamente un altar que él mismo a veces destruye a lo largo del discurso y vuelve a recomponer. Las imágenes pueden ser de Santa Bárbara, San Lázaro y la de la Caridad. Observa lo que ha realizado, y presuroso va hasta el carromato y saca envueltos en papeles de periódico una palanga, un ramo de albahaca, un pomo de agua de colonia, una botella de aguardiente barato, un plato, y tres velas. Coloca el plato delante del altar y

sobre éste las tres velas. Los otros objetos, así como el ramo de albahaca, los deja en el suelo al azar.

(Otro tono.)

¡Aunque tampoco debo crear tanto misterio . . . , que entre cielo y tierra todo se sabe, más tarde o más temprano! . . .

(Otro tono.)

Soy un hombre que ha jugado todas las barajas, y nunca me he arrepentido de lo que he hecho. Simple y llanamente . . . Desde chiquito en la calle a lo mata perro. Marañas, una no, miles. Lo que la gente llama un buscavida . . . Sí, lo digo sin el menor empacho. Tampoco con orgullo. Lo que es, es . . . , y ¡sanseacabó!, a otra cosa mariposa. Mujer no tengo . . . , es un decir . . . fija, permanente, la que lava los calzoncillos, y te zurce las medias y te pone los botones de las camisas y te prepara la comida, el baño y te calienta la cama . . . ¡Eso no! Cuestión de carácter . . . Que uno nació para enfaldado y otro para libre . . .

(Otro tono.)

Mientras mi madre vivía, que Dios la tenga en su gloria, que no ha habido, ni hay, ni habrá mujer más santa que ésa . . . , ella, la pobre, se ocupaba de todo, y se sacrificaba . . . , que si pajaritos volando quería . . . Y yo le decía: —Vieja, que ya soy un hombre, hecho y derecho, y ella: —Muñeco, si es mi única felicidad y recompensa . . . , y yo me echaba en su regazo y las lágrimas le rodaban por la cara . . . ¡Vieja, viejita linda! . . . Era algo, verdaderamente . . . ¡Hasta el viejo se ponía celoso, y decía, a quien quisiera oírlo, que ella había perdido la chaveta! . . . ¡Cosas de viejo! . . . , y al bagazo poco caso. Jamás le tuve inquina ni odio, odio odio, pero él, a la usanza de los tiempos del Cometa, metía el dedo donde le duele a uno y había que pararlo en seco . . . —No me venga a la fiesta, ni se asome ni arrime . . . , sin ser invitado.

(Otro tono.)

¡Carácter me sobra en esos casos! Y con él debía andar con pies de plomo.

(Pausa. Otro tono.)

¿Y por qué estoy diciendo esto? . . . ¡Ah, sí!, una vez me llevaron al vivac, por la confusión de un robo a mano armada, a una vieja en un cine . . ., juegos de muchachos, un fife de dieciséis años, tiernecito, una manera de comer catibia, y que nos íbamos en pandilla, y allá en el gallinero, teníamos a un chiquito bajado y ariscado y lo metíamos a puñetazos en el servicio . . ., y allí . . ., perrerías le hacíamos . . ., ¡en verdad, así se forja un hombre! . . ., pues a lo que iba . . ., allá, en el vivac, la poli enseguida empezó a sacar papeles, que si yo había desvirgado a la hija de Isabelita La Comadrona y me había puesto en fuga, que si en el traficotero de la mariguana en la placita de Alvear, que si el robo de un fotingo . . ., ¡me la armaron en grande!, y me engramparon, y, para remacharlo, el viejo, ni corto ni perezoso, en las declaraciones, a desquitarse . . ., me tiró para el pedregal . . ., que yo era un dolor de cabeza, y miles, miles de tropelías, algunas inventadas, otras ciertas, y otras exageradas, como sucede siempre . . ., que hicieran lo que quisieran conmigo, que . . ., un reformatorio, que él no se hacía responsable. ¡Como si la gente se hiciera responsable de los crímenes que comete! . . . ¡Seis meses y veintiún días a la sombra! Ah, hijo de p . . ., me dije. Verás cuando salga. Así que en llegando a la casa, cojí el hacha con que la vieja corta la leña y me fuí corriendo a buscarlo al cuarto, a la cama donde dormía . . . -Levántate, cabrón, le dije, y empuñándola . . ., la vieja se metió por medio llorando, y mi hermana a moco tendido . . . ¡Se dio un susto! ¡Fue la primera y única vez! . . . De ahí, en adelante, santas pascuas, ni chistaba. Y la vieja me decía que me tranquilizara, que no anduviera haciendo oprobios . . ., y la infeliz, de las economías del lavado y del planchado y de las cantinas que repartía, me soltaba dos pesitos todas las tardes . . ., después de la ducha y los motazos de talco y el agua de colonia inglesa . . ., para que me fuera al billar . . ., ¡buena buena como el pan! . . ., y me rogaba que no anduviera despilfarrando el tiempo con malas compañías . . ., era una mártir, una inocente . . .

(Se ríe.)

y cuando veía que alguna chiquita venía a la casa, como dándome vueltas, empezaba a malhumorarse, a engrifarse: -Esa mosca quiere miel . . ., ¡chivas, pelandrujas, perras ruinas, solavaya! . . . Prométeme, hijo, que no le darás entrada. ¡Tú eres para mí sola . . .!, y a mí se me encojía el corazón . . ., que hay una parte floja, débil en uno . . . Eso que estoy contando . . ., allá, por los cuarenta o los cincuenta . . ., antes que apareciera el ciclón, mejor dicho, el terremoto . . . ¡Sí, mucho antes! ¡Es increíble! ¡Cómo pasa el tiempo! . . . ¡Si usted me hubiera visto! . . . ¡Otro! ¡Totalmente distinto! . . . ¡El tiempo hace estragos!

(Busca en el bolsillo la cartera, la saca y revisa en sus papeles, que van cayendo al suelo, por falta de pericia o despreocupación.)

Déjame ver si encuentro una fotografía . . .

(Cantando.)

Déjame ver si la encuentro . . .

(Otro tono.)

No, no . . . ¡Las he dejado, seguramente en el cuarto!

(Recoge los papeles que han caído al suelo, los coloca con la misma torpeza en la cartera y en los bolsillos de la chaqueta.)

Si usted me hubiera visto con mi cadena de oro macizo, mi manilla, mis sortijas . . . Oígame, no es por alabarme, pero aquello era mucho. Jactancioso no soy . . ., se lo digo, con la verdad en la mano.

(Con una sonrisa perversa y cierta desfachatez.)

Las mujeres me decían "Santo", -¿Santo de qué?", respondía yo . . ., y en el jueguito y la bobada, una me echó brujería, eso decía la vieja, y la pasé bastante mal . . . Anduve un tiempo embobado, sin ganas de nada, así, como si me mordiera el sueño . . ., y la matungería, a Dios gracia, se me fue con los baños y las oraciones y las velas a los muertos de la vieja . . ., y estaba curado de espanto, más duro que el jiquí, hasta que llegó eso, que fue como una aparición del más allá . . ., ¡no se ría!, que poca broma hay en el asunto . . . ¡Vaya usted a saber! . . . Que loco-loco no estoy . . . Además que se me apareciera así de golpe y porrazo, como quien no quiere la cosa . . ., sí, así, ¡fuácata!, ¡allá va eso! . . .

(A un personaje invisible.)

Oígame, mi socio, hay que tener la sangre de horchata . . . No es que yo me crea un pendejo, ni que se me aflojen las rodillas al primer encontronazo . . . Pero . . ., le aseguro que se me cayó el alma a los pies . . .

(Se ríe. Señalando para las manos.)

Era un puro erizo, ¡por mi madre!, se lo juro . . .

(Otro tono.)

Pero eso fue después, sí, mucho después . . . Por aquella época, ni puñetera idea tenía de que eso me fuera a ocurrir . . . Andaba yo en el sigilo, en las apuntaciones, en la banca de Alfonsito . . ., y en el desparpajo . . . Jamás diré lo que no hice . . ., jamás, una recolecta . . ., jamás, una bombita, ni un siquitruque, siquiera . . .; jamás repartí bonos, ni mierdas de ésas . . ., andaba en lo mío . . . ¡Conspirar, eso sí . . .! ¡Bastante hambre y necesidad estábamos pasando, los de abajo, naturalmente! . . . Recuerdo que una vez me encontré con mi compadre Gualdimiro, por casualidad, y nos pusimos a hablar, que si la vida, que si las cosas deben cambiar, del embullo que había, mariconadas, en fin . . ., lo recuerdo, como si lo tuviera delante, y en una de ésas, me dijo, riéndose, con su cervecita en la mano: ¿Embullo? . . . Te estás poniendo la soga al cuello. Y yo pensé que estaba hablando basura. ¡Quítate el embullo! Esos que te prometen villas y castillas, esos que te dicen que el mundo va a cambiar, son peores que éstos que ya son unos degenerados . . . ¡Vivir para ver y ver para creer, compadre! ¡Quién lo hubiera sabido! . . . ¡Estamos en la más absoluta calamidad y con la soga al cuello! ¡Estamos no, andamos en un solo caballo, andamos no, nos hundimos!

(Pausa.)

Por eso a mí . . ., déjenme tranquilo . . . ¡Basta ya de fulastrerías! Loco-loco no estoy. Tranquilo-tranquilo. Y ahora, con esa historia de las apariciones, de los espíritus y de los muertos, y sin poder hacer nada y tener que tragármelo todo yo solo . . .

(Pausa. Otro tono.)

Sí, porque usted me dirá más luego, usted me dirá qué significa . . .

(Enseriándose.)

Mire, yo estaba allí, pasando el tiempo, como quien dice, en la bobera, viendo pasar las muchachitas, que si así, que si asao, viendo correr la vida, en otras palabras, viendo musarañas en el aire . . . Había puesto un disco en el traganíquel, usted sabe, con la cervecita bien fría al lado . . ., Martínez estaba por el fondo detrás de las cucarachas o de quién sabe qué coño . . ., ya le había

pagado el trago, y me había dicho no sé qué diablos, o yo pensé que me lo había dicho, o pensé que me lo iba a decir . . . ¡Ah, sí!, que hacía mucho calor y que a lo mejor caía un chubasco . . ., en fin, solo-solo andaba yo, con el ánima en grima . . ., y a decir las cosas como son . . .

(Con la mano derecha va creando despaciosos círculos imaginarios, como si fueran volutas de humo.)

pensaba y pensaba y no sabía en lo que pensaba, o sabía y no sabía, que era lo mismo, y no siempre es igual . . . En fin, con mi cervecita, ahí, dándole vuelta a la manivela de los pensamientos, como arafiando el vacío que uno lleva dentro, arafiando, escarbando . . ., y de pronto . . ., ¡ahí está! . . . ¡Sí! . . .

(Hace su propia descripción.)

Bien plantado, con su traje de dril cien, sus zapatos de dos tonos, su sombrero jipijapa . . ., y me dice a boca de jarro, sonriendo: -¿Qui'hubo? Y yo le digo: - ¡Ahí, en la marchita! El se acerca al mostrador y me dice: -Me parece que lo conozco. Y yo le digo: -Sí, es probable. Y lo miro a los ojos, y me rehuye la mirada, y le digo: ¿Es usted de por aquí? . . . Y él se sonríe y no me responde, y se queda parado delante de mí, parado . . ., igualito que si tuviera frente a mí un zombi, o, bastante más extraño, de veras, como se lo estoy contando . . ., muy muy extraño. Y me sonrío otra vez, y me mira a los ojos . . . Y me sube un frío por todo el espinazo, un frío como yo nunca lo había sentido, un frío de hielo, un frío distinto, un frío de muerte . . ., y no atino, y doy dos pasos para atrás, y él me sigue mirando, y las manos me empiezan a bailar, y yo que veo que pierdo el control, y me digo: -Ave María Purísima, y sigue el temblequeo, y las rodillas están bailando solas, lo mismo que si tuviera el mal de San Vito, ¡ay, mi madre!, me digo, ¡ay! . . ., y es como si fuera un susto, o algo por estilo . . . o peor, peor . . . o tal vez, no sé . . .

(Recobrándose, en su teatralidad.)

y vea usted lo que me hace el muy condenado, se me aparea, sin ton ni son, bueno, no tanto, porque su interés traía, se me aparea y se queda de un solo pie, derechito derechito, y me dice: -¡Qué le pasa, compay? ¿Se le enfriaron los huevos? . . . ¡Degenerado!, me digo para mis adentros, ¡degenerado! ¡Mal rayo lo pele! ¡De algún modo me lo cobro! . . ., y entonces, como si nada hubiera pasado, haciendo de tripas corazón, le digo a lo bandolero

(Cambio brusco de tono y movimientos):

Aquí viendo el mundo que pasa, compadre . . . ¡El mundo ancho y ajeno!

(Mirándolo de reojo, intentando conocer la reacción que puede provocar en el otro, guiñándole el ojo al personaje imaginario primero.)

Esperando una hembra que le manda el coco.

(Dándose una importancia exagerada, mirándolo con un oculto sentido despectivo.)

¿Sabe usted lo que significa eso?

(En una exaltación que tiene rasgos paródicos.)

¡Una hembra venerada por todos los santos, los de allá arriba y los de aquí abajo! . . . ¡Una hembra que cuando me encierro con ella hasta le saco lascas al palo! ¡Las otras noches, óigame, desde las diez y media . . .! ¡Aquello fue el acabose! ¡Esa sí que fue una noche! . . .

(Otro tono. Calibrando la expresión del otro.)

Sí, perdone usted . . . Comprendo que no le interese, que es una falta de respeto, sobre todo . . ., por ella . . . Acabamos de conocernos . . .

(Enseriando la expresión, sin dejar el juego teatral.)

Le ruego que me disculpe . . ., con todo . . ., eso, usted se hará una idea de mí . . ., que poco o nada, se aproxima a lo que soy, ¿no es así?, pero tenía que desembuchar, era más fuerte que yo . . ., y como aquí, cada uno a lo suyo, y si te he visto no me acuerdo . . . ¡La verdad! ¡La pura verdad! . . .

(Cambio absoluto de expresión, en su juego teatral.)

Me miró como se mira a un extraño, se recostó al mostrador . . ., ya para entonces Martínez andaba como un moscón en el cálculo del traguito que ese nuevo cliente debía consumir, y como el otro no se daba por enterado, dije yo a Martínez: -Ponle una línea a este señor . . ., y Martínez me miró con los ojos que se le querían saltar de las órbitas y con la pasa erizada, y como si yo

estuviera en otro mundo, me dijo haciendo muchas murumacas y bajito: -¿A quién? Y yo, con gran autoridad, le espeté, señalando: -A este señor . . . , y de pronto con la mano extendida me quedo, paralizada, de piedra, en el aire . . . , estaba señalando al vacío . . . El hombre se había vuelto humo. Volatilizado . . . , ¿entiende usted? Polvo y ceniza.

(Pausa muy breve.)

Azorado me dije: -No es posible, esto nunca . . . , nunca . . . , pero, ¿qué me está pasando? ¿Estoy viendo visiones?

(Con la voz casi ahogada.)

No, no . . . Es probable que la cerveza se me haya subido a la cabeza . . . Es probable que . . . , por los días que llevo sin comer . . . , no . . . , aunque sí . . . , ¿por qué no? . . . ¿Será cierto que un hombre, sí, de carne y hueso, como yo, vivito y coleando, pueda hablar con las sombras?

(Pausa. Otro tono.)

Ah, no, verraco. Cometarugos que soy. ¡Déjate de bobadas! ¡Donde hay hombres no hay fantasmas! . . . ¿Y qué le digo a Martínez que lo tengo cara a cara, más blanco que el papel? ¿Se habrá dado cuenta de lo que esto significa, de lo que significa para mí? . . . Porque algo raro me ocurre, quiera o no quiera, y prefiero escaparme por la tangente . . . ¿O pensará que estoy jugando, que estoy bromeando con los espíritus . . . , que es una manera de levantarle una cervecita, que como estoy en blanca, sí, hay que decirlo, sin un quilo prieto en el bolsillo o con los bolsillos desfondados . . . , que es una manera de darme importancia . . . , que . . . , que . . . , le estoy tomando el pelo a lo descarado, o pensará que ahora me ha dado por eso . . . , por . . . , y que de bobos y locos todos tenemos un poco?

(Pausa.)

¿Qué le digo al pobre Martínez, todavía preguntándome sin hacerme en realidad la pregunta? . . . Todo depende de lo que le diga . . . , y de ahí los comentarios, el run run de que si a Heriberto Fonseca se le secó el güiro, o de que si negro o de que si punzó . . . , un ceremil de deducciones . . . , y eso no me conviene, porque uno debe cuidarse y no caer en boca de nadie, que hay que guardar la forma y la distancia . . .

(Pausa. Otro tono. Mirando hacia un punto indefinible fuera del escenario, quizás al público. Casi en la angustia total.)

Ah, cielos, tierra, trágame. Dame paciencia, la paciencia que necesito. Mírame aquí, Dios mío, ángel de la guarda . . ., espíritus benefactores . . . Miren a este pobre viejo, cargado de sinsabores y de años . . . ¡Mírenme aquí, arrastrando esta cruz desventurada! . . . Si ustedes hablan al corazón del hombre, que no se cometa una injusticia conmigo . . .

(Casi sollozando.)

No pongan una gota más de acíbar en mi alma . . . Que nunca mis lágrimas celebren como mujercuelas el espanto . . . ¡Piedad! ¡Piedad! . . .

(Violento.)

¡No, desalmadas furias, virulentos engendros de la noche! Me vengaré de ustedes . . ., si ustedes son capaces de complacerse con mi desdicha . . ., todo el mundo lo verá . . ., ¡lo juro! . . .

(Pausa. Sobrecogido.)

¡Oh, madre mía! . . ., ¿me estoy volviendo loco?

(Pausa. Cambio total.)

Esto me lo dije, naturalmente, de dientes para fuera, tratando de espantar las malas influencias, si es que existen, haciéndole miedo al miedo. Porque, en realidad, debo confesarle que no creo ni en la paz de los sepulcros . . .

(Con una sonrisa, satisfecho.)

Y el bueno de Martínez me miraba en su asombro, sin decir esta boca es mía. Me miraba sin mirarme ya, o mirándome hecho un borrón, un garabato danzarín., y yo de reajo, sabiendo lo que él no sabía, como si cayera de una nube y en mi malicia, le dije, a mi manera: -Compadre, a pájaro que vuela, jamás le cogerás el rabo . . .

(Otro tono.)

De reojo, no . . . ¡De frente, se lo dije! . . . Para que no me trajinara, para que comprobara mi autoridad. Y él eso se lo sintió, porque se echó a reír . . ., y yo venga en mi involucencia . . ., venga a decirle que si uno, en una situación como la que vivimos, de treinta años o mucho más prometiéndonos el paraíso, y todo es sal y agua, que nos están dando cuero a cajas destempladas, en un permanente bocabajo, y en la más absoluta miseria, y . . ., qué importa que yo lo diga, que la gente está cogida en la trampa y prefiere engañarse, que algún día despertará con las manos manchadas de sangre, o salpicada de fango, en la ignominia . . ., que a la mujer de mi cuñado por decir mentecaterías en una cola, la acusaron y la guardaron una semanita en la Estación de la Policía, que al hijo de una prima, que a mí . . ., que el tráfico de droga, que los periódicos y la tele, que el contrabando . . ., que alguna conspiración . . ., ¡el mundo colorado, mi hermano! . . . Y como sabía que esto era lo que quería oír, pues me dí gusto de lo lindo, que en eso no hay quien me gane . . ., y así pensé que se le había olvidado el desagradable incidente . . ., lo que quería a toda costa era que olvidara, el incidente del otro.

(Pausa breve.)

El otro, que estaba ahí, que lo tenía a mi lado, y que él, Martínez, no veía . . ., o no podía ver . . . ¡Al que no ve, ojos ciegos! . . . El otro, como una sombra, ahí, rebosando envidia, diciéndome bajito, que si estuviera menos alterado me cercioraría del desatino que implicaba hablar de una mujer de la forma tan desfachatada en que yo lo había hecho . . ., que era un canalla, que era un degenerado . . ., y dale que dale, y yo aguantando, y él a la carga, y Martínez, como un bobalicón, limpiando el mostrador, y haciéndose que me ignoraba, y yo me reía para mis adentros . . ., y aquel discursito seguía dándome cuerda, una chicharra, ziz, ziz, ziz, ziz . . ., sacándome de quicio . . ., ziz, ziz, ziz, ziz . . ., y de pronto estallo, sí, estallo, machete en mano.

(Exaltado, lleno de veracidad.):

-¿Qué carajo es lo que pasa? . . ., y empiezo a golpear en el mostrador, y a gritar, y gritaba y estaba lejos de saber el sentido de aquellos gritos, gritaba, gritaba a gznate pelado, y la gente que se encontraba en el fondo del bar, alarmada, sorprendida, aturrullada, en un decir Jesús, se arremolina, ¿qué ocurre?, ¿qué pasa?, y yo, fuera de mí, aquí no ocurre nada, aquí no pasa nada, y el otro desaparece igual que una exhalación, y la gente que anda de paso por la calle se detiene, y yo continuo gritando: ¡A mí tranquilo! ¡Tranquilo-tranquilo! . . . ¡Sí, pues loco-loco no estoy! . . .

(Otro tono.)

Y era tanto el desconcierto, que salgo a la calle, a tomar un poco de aire, aire, aire, y camino y camino, y la gente me miraba de un modo muy especial, tal parecía que salía de una carbonera, o del leprosorio, un apestado, y se reían en mis propias narices y me gritaban, eh, tú, loco, loquito, y yo sentí que iban a devorarme, porque era una masa informe de miles de rostros y manos y brazos que se precipitaban y me acorralaban, y oh, ¿qué es esto?, sin comerlo ni beberlo, ¿porqué? . . ., y aquellas risas y aquellos gritos sería mejor meterlos en un hueco y olvidarlos; pero están ahí resonando, resuenan, y es horrible, y siguen ae, ae, ae, el loco, el loco, y yo le doy empujones, y me defiendo, habrása visto tal desacato contra un ser humano, y algo me dice que debo huir, sí, huir, como sea y a dónde sea, y echo a correr, y el gentío se empecina igualito a una culebra que vocifera y quiere agarrar la carnada, y yo empecé a ver negritos y monitos en el aire, que se descolgaban, en el aire, delante de mí, y me sacaban la lengua y me enseñaban el culo, y armaban un zarambeque de padre y muy señor mío, y me dije uyuyuy, esto me de mala espina, y si vuelvo a estas andadas mirando negros y monos acosándome el aire no cuento el cuento . . ., y corro y logro deslizarme por una esquina y me pierden de vista . . ., y entonces, camina que te camina, huyendo, camina que te camina, huyendo . . ., y a lo lejos los oigo como un canto ae, ae, ae, el loco, el loco, y ya se convierte en un ruido, en una humareda de la lejanía . . .

(Pausa.)

Al fin me recuesto a una columna, ahí mismito, en la calle Monserrate . . .

(Totalmente fatigado.)

y soplabla un airecito tan suave, tan . . ., tan . . .

(Suspira. Cierra los ojos. Suspira, abre los ojos.)

Era tan agradable. Y me sentía, sí, señor, cansado . . ., verdaderamente cansado

(Pausa. Gesto de sorpresa. Otro tono.),

y, ¡uf!, ahora, al otro que lo veo venir entre las columnas, muy orondo, sí, muy tranquilo, tranquilo-tranquilo, con su bastón de empuñadura dorada, con una serpiente de alas . . ., y un pañuelo en la otra mano, abanicándose. Lo veo venir,

indiferente, en el mejor de los mundos . . . - ¡Vaya, hombre!, me digo. ¿Conque esas tenemos? ¡Caray, curioso tipo! . . .

(Otro tono.)

¡Ese se ha puesto para mí! ¡Claro, más claro ni el agua! Pero me va a oír . . . , ¡cómo, veremos! El es el causante de todo, sí, de esta infamia . . . El tiene que rendirme cuentas. Contante y sonante. Pagarme, me las pagará, el muy hijo de la reputísima.

(Pausa.)

Perdone la palabra, es grosera, pero es así.

(Pausa.)

¡O se le ha escapado al diablo! ¡Qué diablo ni que ocho cuartos!

(Otro tono.)

¿Qué busca? ¿Qué pretende? ¿Por qué me sigue? ¿Será de la policía? ¿O un chivato disfrazado de fantasma? ¡Porque ni los espíritus ni los muertos existen!, digo yo.

(Otro tono. Atemorizado.)

¡Cuidado! ¡Subuso! . . . Cuando un blanco busca a un mulato, su interés lo agita. ¡Peligro, muchacho! . . . ¡Ponte en onda, si no quieres que el remolino te trague!

(Pausa. Otro tono.)

Pasó por mi lado, rozándome casi el hombro, en su papelito de distraído. Pasó, yo lo dejé pasar . . . , y ya había dado unos cuantos pasos hacia adelante, cuando, de pronto, se vuelve y me dice: -Si usted se empeña voy con usted, pero le recuerdo que es una locura cruzar el puente a estas horas . . . , el calor raja las piedras, y es un peligro . . . - ¿Cruzar el puente? ¿Qué puente, ni que niño muerto?, le dije fuera de mis casillas. ¿Quién es usted?

(Otro tono.)

Usted sabe la indignación que tenía, y con razón . . .

(Pausa. Muy suave, quizás con cierta dulzura.)

-¿Que quién soy? Pues Miguel . . . Miguel de la Guarda, para servirle.

(Otro tono. Seco. Cortante.)

-¿Por qué me busca? ¿Qué quiere?

(Otro tono.)

-Perdone, es usted quien me llama. No soy yo.

(Otro tono. Indignado.)

-¿Que yo . . . ?

(Suave, preciso.)

-Sí, usted . . .

(Indignado.)

-Se equivoca de medio a medio.

(Suave.)

-No me equivoco. Es la realidad . . .

(Cambio absoluto.)

y me sonreía de una manera distinta, mientras sacaba de su bolsillo de la chaqueta una inscripción de nacimiento y me la enseñaba. -No se confunda, amigo mío. ¿Lo acompaño, sí o no?

(Otro tono.)

Las manos me temblaban cuando cogí aquel papel. Sí, era cierto. -Miguel, dije . . ., San Miguel . . . Y él se echó a reír . . ., y parecía un niño, con una

sonrisa, ¡cómo decirles!, tan espontánea, tan de verdad, que oía el murmullo del agua transparente, que oía una música, un piano, un violín, nunca antes oído.

(Sonríe. Dudando.)

Creo que estoy exagerando . . .

(Otro tono.)

No, no . . ., algo, que no tiene palabras . . .

(Otro tono.)

¡Estás cayendo en la trampa, Heriberto! ¡Ajila! ¡Dale el esquinazo!

(Otro tono.)

Y de sopetón le dije: -¡Usted es policía!

(Otro tono.)

Uno anda por la vida muy escamado, y se le forman agallas o verdugones por todas partes, hasta en el alma. ¡Crear a esta mansa paloma, jaja, jaja!

(Seco, Cortante.)

-¡Usted es policía!, insistí.

(Otro tono.)

Me miró sorprendido, y entreabrió la boca . . ., en una fracción de segundos su cara se transformó en una especie de careta de dolor, de quién carajo sabe . . ., de . . ., de . . ., desesperación, como si hubiera envejecido de un plumazo, como si una ventolera de espanto o muchas calcomanías juntas lo hicieran un piquimíní . . .

(Otro tono. Frío, seguro.)

-Dejemos esto, me dijo. Usted se ignora. Usted se escapa. Usted busca cualquier subterfugio. Usted se escandaliza de usted mismo, de sus propios

pensamientos, de sus deseos. Usted me busca. Usted me llama . . . , y en el instante, en que accedo, y vengo, en ese mismo instante, se esconde, se agazapa . . . ¡Allá usted con su historia, amigo mío! En cuanto a mí, yo tengo el valor de ir hasta el final; nunca nada me ha causado temor hasta el día de hoy, y se me presentara algo capaz de asustarme, de atemorizarme, espero tener la franqueza, ¡Dios o los ángeles o el pipisigallo . . . , si es necesario, ojalá me lo permitan!, de decirlo, de confesarlo: tengo miedo, me aterra . . . , me trastorna lo desconocido, y me niego a explicarlo . . . , y si cometo una pifia, no dejaré de recibir lo que merezco . . . ¡Adiós, y buena suerte!, me dijo, y me dio la espalda . . .

(Alelado.),

y se fue tan a la carrera entre aquel gentío que lo perdí, me dije, que lo perdí de vista para siempre . . .

(Otro tono.)

¿Pero éste qué me quiere decir? ¡No entiendo! . . . ¿Que yo me paso la vida en el cuento? ¿Que soy un cara dura, un farsante? ¿Y él? . . . ¿Quién es él? ¿Quién diablos será? ¿Qué derecho tiene? . . .

(Otro tono.)

¿Qué te ocurre, Heriberto? ¿Te estás aflojando? ¡Que no se diga, mi socio! Eso te sucede por permitirle la confiancita a gente que no conoces. Eso te sucede por . . . , por . . . , inocentón, por cobardón . . .

(Pausa.)

Y me siento tan cansado, tan . . . , tan requetecansado . . . , que es lo mismo que . . . , así, me cayeran miles y miles de años, años cayendo y años aplastándome las espaldas . . . , una eternidad, o dos . . . , atribulado, vencido . . . , viendo sin mirar, mirando sin ver aquella multitud de uniformes que pasan, guardias, policías, milicianos, milicianas . . . , gente que dice que cree y no cree, gente que miente y no sabe que miente, y gentes que saben que mienten, y siguen con la mentira envuelta en algodones y celofán, atrapados en su desastre . . .

(Empleando una diversidad de tonos que corresponden a diferentes personajes.)

que se me derrumba la casa y no tengo con qué, y nadie viene a levantármela, hay que llenar los barriles de agua, allá por donde el diablo dio las tres voces, ya llegó la carne, ya llegó el café, ya llegaron los huevos, corre que se acaban, esta semana no me vino la dieta de leche y del pollo, a veces se retrasan y esta maldita diabetis se prolonga . . ., que los que se fueron y los que se quedaron, Dios mío, que todo era tan . . ., tan . . ., así, tan terrible . . ., que algún atentado se preparaba y lo cogieron en el brinco . . ., ¿qué?, ¿qué dices?, ¿te enteraste de que a Isolina la prima de Carmelina le mataron . . ., en la guerra . . .?, ¿y al hijo de Gualdimiro lo fusilaron trasantenoché?, ¿por qué sería, tan buen muchachito?, dicen que . . ., aquí que no hay nadie que se mueva, eso dicen, ¡mentira, muchacha! . . ., ¿tú crees?, ¡ay, sí, niña!, ¡mira que a estas horas hacerte la payasa!

(Sarcástico.)

Juegan con un cuchillo de doble filo. Parece una zarzuela, y es una tragedia.

(Otro tono.)

¡Uf!, iguales que yo . . ., ni mejores ni peores . . ., en este charco infinito de sangre, miedo, furor y odio . . .

(Pausa. Con un repetino estremecimiento.)

Oh, el mundo se está llenando de muertos. Muertos por todas partes. Desenterrados, espíritus malignos.

(Se precipita hacia donde ha dejado el pomo de esencia de pachull o colonia, lo toma, lo abre y hace una cruz con el líquido en el suelo, se lo pasa por la cabeza y el cuerpo y se santigua.)

¡Santísimo, aparta esas malas influencias!

(Otro tono. Alucinado.)

Todos están aquí, los veo a todos al mismo tiempo. Envueltos en harapos, con báculos quebrados, trajes agujereados, cabezas coronadas, bocas sin dientes, cuencas vacías. Ahí están sentados, o bailando una música que sólo ellos son capaces de oír . . . No falta nadie. No falta un hombre, ni una mujer, ni un

niño. Oigo trompetas y cantos y cadenas . . . , ¿se acerca el final? . . . ¡Oh, diablo que eres, cálmate!

(Cae de rodillas delante del altar y reza un padrenuestro y un avemaría, mientras enciende las velas. El ritual debe hacerse con gran sinceridad.)

¡Apártense las fuerzas del maligno! ¡Que el fuego del Gran Poder de Dios los disuelva!

(Hace la señal de la cruz en los espacios.)

¡Misericordia pido al Santísimo y a la Santísima Virgen de las aguas! ¡Denme fuerzas para salir de esta encrucijada!

(Saca unos caramelos del bolsillo y los tira a los pies del altar. Reza el credo. Toma un buche de la botella de ron y la escupe delante del altar. Se persigna.)

¡Por la presencia inefable de los espíritus benignos!

(Toma el ramo de albahaca que está en un recipiente con agua y se santigua.)

¡Por la paz de los espíritus descarriados, por los desenterrados que vuelvan a la sombra del Dios Padre, por los muertos que en la muerte no encontraron la paz en sus sepulcros!

(Pausa. Otro tono.)

¡Porque la bienaventuranza reine sobre la tierra! ¡Paz, amor y concordia! Por el sagrado y bendito arcángel San Gabriel y el arcángel San Miguel, protectores divinos, fuerzas de lo invisible, fuerzas que ascienden y descienden por el mundo angélico y por el mundo astral, que en el principio eran luz soberana, intercesores nuestros con la Purísima Virgen María, Señora de las aguas, Señora de los encantamientos . . . ¡Misericordia! Luz y progreso, hermanos míos . . .

(Cambio rápido, mirando al público, con un tono de burla y grandes risotadas, destruyendo el altar a patadas.)

¡Alabao, se acabó lo que se daba! . . . ¿Les gustó el espectáculo, eh? ¡Pues les he tomado el pelo de lo lindo! . . . *(Meneándose. Imitando a un bufón.)* ¡Echale bru camaniguá! *(Como una rúbrica musical.)* ¡Ae! . . .

(Pausa larga. Otro tono, casi como un sonámbulo.)

Y arrastrando los pies entumecidos, que arrastraban a la vez mi triste y propio desamparo . . ., porque nadie . . ., nadie . . ., como una lámpara titubeante en medio de la noche . . ., nadie . . .

(Pausa larga. Otro tono.)

Ahí está mi covacha, en este maldito solar . . ., ahí está . . ., mi conejera. Entro al patio . . .

(Pausa. Otro tono. Con fastidio.)

Ya empieza la fiesta de los portazos y de las puñeteras risitas y de los gritos, como de quienes no quieren la cosa, el loco, el loco, el loco . . ., una, otra, y otra y otra . . ., una tras otra, las puertas, como un abanico que se abre y se cierra, y detrás, los rostros malos . . ., rinquincallas . . ., corroídos por la envidia, ahí, ahí, ahí . . .

(Va señalando a distintos puntos de la platea.)

Desde aquí los veo. Sí, usted, señora . . ., usted misma . . ., ¿es que tengo algún mono en la cara? ¿Es que usted no sabe que me salió un lobanillo en el ojo del culo? . . ., Sí, señora, sí . . . ¡Puaf! . . . Eso es lo que quisiera decirles y no les digo por . . ., por no sé qué . . ., qué . . ., y voy subiendo las escaleras, despacio, despacito, sin mirar a ningún lado, cabizbajo, como un viejo penco con orejeras . . . Y allá, al fondo del pasillo, tendiendo una sábana hecha de sacos de azúcar, está mi hermosa Dulcinea, mi Julieta de los sueños, ésa febril mujer de la que tanto me vanaglorio a quienes no la conocen, ésa de la que digo que le manda el coco, ésa que está santificada por los dioses de arriba y de abajo . . .

(Se echa a retr.)

Le zumba el merequeté. ¡Qué vaina, madre mía! . . . Me tengo ganado el cielo . . .

(Como si la viera, le corresponde al saludo. Muy sereno y cínico.)

¡Véanla bien! Fea, con la cara llena de verrugas y cicatrices, flaca, sin tetas, sin nalgas, medio calva . . . ¡Esa, la respuesta que tengo de los sueños!

(Firme, violento.)

Esa, y no otra.

(Otro tono.)

¿Simpática, no?

(Otro tono.)

Abro la puerta. Al fin en mi palacio . . . ¡Al fin! . . . Me siento, no, me derrumbo en mi taburete. Apenas me quedan fuerzas para mirar la gotera del cielo raso . . . Enciendo un cigarro . . ., respiro fuerte, hay que sacar energías de donde sea . . ., me acodo sobre la mesa, unas cucarachas andan posadas aquí y allá, buscando azúcar . . ., ¡ay desdichadas! . . ., y las hormigas en sus hileras fatigando, fatigando las paredes, urdiendo un viaje sin fin . . . No quiero moverme. No quiero nada de nada . . . Es como si entrara en un túnel negro, muy negro . . ., ¡un frío túnel negro! . . . No quiero pensar. ¿Podré callar esto que me ha caído encima, tristeza, melancolía . . ., que me va ocupando, que me va oprimiendo . . ., y esta cosa así como de piedad que despiertan en mí estos muebles en lo oscuro, esa cama deshecha, el retrato de la vieja y del viejo y de mi hermana . . ., ausentes, lejanos, perdidos . . ., y del hijo que no tuve . . ., y de aquella hermosa hembra . . ., aquella, que a cachitos, o a jirones salta del olvido . . ., y que ignoro si existió . . ., si vive, si se agita en algún mundo, en este o en el otro, inalcanzable? . . . Me levanto de mala gana, voy hacia el espejo, me miro las arrugas, me quito los dientes, me desnudo, así, a poquito a poquito . . ., y caigo en la cama roto.

(Lentamente se pone de espaldas al público, de un modo casi imperceptible. Pausa larga. El escenario a oscuras. Sólo la luz sobre su cuerpo. En un salto, en un ex-abrupto. Desagradable, brutal.)

¿Quién, carajos, llama? . . .

(Tono impersonal, narrativo.)

Unos golpecitos muy breves en la puerta me despertaron sobresaltado, sentándome de golpe en la cama y enseguida sobreviene el malestar, y el reconcomio de tener que levantarme a las tantas de la madrugada, y apestando a sudores y a malos sueños.

(Tono desagradable, brutal.)

¿Quién está ahí?

(Otro tono, impersonal.)

Nadie responde. De puntillas, con verdadero sigilio me levanto. Nadie.

(Otro tono, atemorizado.)

¡Es él! ¡El, otra vez! ¡Quién, sino él! ¿O todavía estoy soñando? ¿Acaso en los sueños me atrevo a llamarlo? ¿O es simplemente un desvarío de los sueños de mi imaginación? ¿Seré capaz de urdir semejante artimaña o es un juego, una trampa que me tira el azar?

(Otro tono.)

Trato de ponerme en órbita, de organizar mi cabeza.

(Cambia el tono.)

¿Quién es? ¿Alguien anda jodiendo y quiere que me encabrone de veras?

(Rotundo.)

¿Quién, coño, es?

(Tono impersonal.)

Tomo el pomo del picaporte, lo hago girar bien despacito sin que se escape el menor ruido y . . . ,

(Deja el relato y con gran desfachatez o espontaneidad gesticula.)

¡Y a que ustedes no se imaginan quién estaba detrás de la puerta, el gato barcino, no, señoras y señores!, ¿no? . . . , ¿ya lo saben? . . . , ¿lo adivinaron? . . . ¡Lo único que me faltaba! . . . , ¡mi adorable, mi siempre bien querida Julieta!

(Grotesca y sarcástica pantomima que debe realizarse sin dar una nota de más. He ahí su eficacia.)

¡Mi indispensable Galatea! ¡No, mi Dulcinea! ¡Ah, febril y esplendorosa, mi . . . , mi . . . , azar de mis azares, dolor de mis dolores, tormento de mis tormentos, terror de mis terrores!

(Exhibiéndola.)

Mírenla.

(Besándola.)

Muau, muau.

(Dando vueltas alrededor de ella, que es un punto en el centro del escenario. Comienza a hacer la mímica de un showman. Oyese música. Su arbitraria gestualidad se transforma y baila y grita exaltado.)

¡En el centro, mulata! ¡Dale duro! ¡En un solo ladrillito! ¡Anda . . . ! ¡Ahí!
¡Suave, suavecito!

(Cambio radical. Pausa. Tono de realizar un acto sexual.)

Ah, querida mía . . . Ahora se te ocurre. Ahora se te antoja.

(Más exaltado, aunque en tono bajo.)

El horno no está para pastelitos, y la semana pasada te dije . . . ¿Cómo? ¡No es eso! . . . La semana antespasada te dije que no me gustaba que me dieran mantenimiento, que no tenías porque sentirte obligada conmigo . . .

(La luz cobra lentamente su valoración inicial.)

No, las cosas se desarrollaron de otro modo. Para ser honesto . . . Los golpecitos . . . Me despierto asustado, con el corazón fuera del pecho, en el guar güero. Pienso que es él quien ha venido. Pienso que después de pensar sobre su mal comportamiento ha decidido arreglar el pastel y buscarme . . . Corro al lavabo, me pongo los dientes . . . Todo eso en fracciones de segundo. Abro la puerta, y fatalmente es ella. A tientas, sin saludarla me meto en la cama, refunfuñando. Me siento mal. Mal . . . , sin salida. Ella viene, sigue su costumbre. Habla de cuentos, de historias, que entiendo y no entiendo, que si la vecina de al lado le propuso el cambio de un par de zapatos por unos espuelos

negros que debía agenciárselos con el hijo de Ruperta . . . , que los zapatos eran preciosos, con una hebillita dorada en el empeine . . . , que si el gato barcino le robó al inquilino del piso de arriba la carne de la semana, que si el perro de Ramoncito andaba alebrestado . . . , que Aristides le había escrito desde Cayo Hueso, que Rosita había parido en una barcaza en medio del mar, entre locos, leprosos y presos comunes . . . , y que tuvo una bronca con la parentela y que pronto espantaba la mula . . . , y un ataque de asma . . . , que si los rusos, que si los americanos, que España, que Francia . . . , que le habían descontado los tres días de enfermedad en el trabajo . . . , que la vigilancia y la persecución, que en el ejército . . . , que todo estaba estancado, que ella había podido meterse en la Embajada, y por el puñetero miedo y por mí . . . , que estaba aburrída de tanta miseria . . . , y que yo no me ocupaba de ella . . . , que por qué diablos me buscaba, que miles de oportunidades había perdido por estar afincada a una ilusión porque eso era, una ilusión . . . , una ilusión nefasta . . . , que el día menos pensado le ponía fuego al cuarto, y adiós ella, adiós Heriberto, adiós el mundo . . . ¡Qué jeringueta! A estas horas, insoportable. Enciende la luz. Me molesta. Apaga, grito. Obedece, sin decir ni pío. Va al baño, oigo el agua, el agua. Dice sonseras o farfullea o se pone a decir que la vida . . . , que esta mañana vino, quién sabe quién . . . siento sus huesos crujiendo. Sus tibias manos me tocan . . .

(Pausa. Otro tono.)

Me despierto temprano. Ahí está a mi lado. Enciendo un cigarro. Por la ventana veo el camión de la basura que pasa. Oigo el ruido de los motores de un avión y las palabras de ese tipo, ahí, como una perforadora, a lo hondo . . . , y más . . . , y más. Cierro la ventana y vuelvo a la cama. Trato de dormirme otra vez. Con los ojos todavía entreabiertos, y de veras, de veras, me cuesta trabajo recordar qué fue lo que pasó ayer . . . , fragmentos borrosos, ni eso, el eco de un barullo que se pierde en un lugar ignorado, dentro de mí . . . , ¿y por qué ese sabor amargo, pastoso, ese sabor a fiebre, sin sentido, ese sabor que puede ser un dolor que se esconde? . . . Una grandísima ternura me invade al verla a mi lado dormida, mansa, dulce, fiel . . . , o una rara piedad, que no sé si podré acallar, que se despierta en mí . . . , pensándolo . . . , sí, indudablemente, guardaré silencio . . . , porque nadie debe iniciarse en semejantes ideas.

(Pausa larga.)

Al volver, mucho más tarde, a despertarme . . . , el olor del café . . . , y ella, que me traía una tacita . . . -Ponlo ahí, le dije, indicándole el suelo. -¿Por qué eres

así?, me dijo. No respondí. Seguí acostado mirando el techo. Ella hablaba, hablaba. Yo escuchaba un disco rayado, un programa de radio interrumpido por una interferencia . . . Ella daba vueltas y vueltas y reclamaba algo que he olvidado. Estaba nerviosa. Se sienta en la cama, se acomoda, se extiende a mi lado. Otra vez el crujir de sus huesos. Yo me incorporo a medias. La miro a los ojos. Ella me dice - Hay que ir a buscar el pan para el desayuno. Me inclino y la beso tiernamente, y la estrangulo.

(Pausa.)

No tuvo tiempo a defenderse. Es más, creo que lo buscaba, que lo deseaba.

(Pausa.)

Ningún remordimiento, ni antes ni después.

(Pausa larga.. Mirando con extrañeza a un personaje invisible.)

¿Qué habla? ¿Chino o polaco? ¡No lo entiendo! ¿Qué?.. Usted bromea. ¿Responsable? ¡Como mi padre . . ., como la mayoría! Podría seguir haciéndolo. ¿Ha pensado usted en las guerras? ¿Justas? ¿Cuáles? ¿Injustas . . .?

(Pausa. Otro tono. Con cierta emoción contenida. Recoge las imágenes de Santa Bárbara, San Lázaro y La Virgen de la Caridad del Cobre, las envuelve en papeles de periódicos y las guarda en el carromato.)

Esto, contarle como lo cuento, me cuesta. Difícil, bastante difícil . . .Oh, a un paso la debacle si a uno le fallara algo en la relojería . . .

(Otro tono.)

Me pasé varias horas sentado a su lado contemplándola, acariciándola. Unos hilos de sangre salieron de su nariz y tuve que limpiársela . . ., y de la boca también. Estaba dormida. Su piel se había puesto muy sedosa, más de aire, más secreta, parecía que estuviera hecha de mariposas. Oía a los muchachos y a las niñas afuera jugando a la gallinita ciega y a la pelota, en la misma revertera de siempre. Oía la música de una radio mezclada a los barrenos que se hacían en la calle, como estruendo.

(Pausa.)

Es atroz, pero es así.

(Pausa.)

Alguien tocó en mi puerta, no abrí; luego en la suya, y una vecina habló largo rato, diciendo que seguramente estaba en el trabajo, que salía tempranísimo . . . Serían las tres de la tarde, y yo estaba esperando . . ., sin ningún pensamiento, como arañando en el vacío . . ., esperando que anoheciera. Sí, debía, de todos todo, deshacerme de ese cuerpo . . ., a más tardar en el momento en que hubiera menos movimiento, en que los muchachos están encerrados en sus cuartos, las mujeres preparan la comida y oyen la novela . . ., ése es el instante en que podría maniobrar con mayor seguridad y libertad, a mis anchas . . . Tomé sus llaves y las metí en el bolsillo de mi camisa, cuestión de prevención y de que no fuera a olvidarlo en el minuto decisivo . . ., y con estos pensamientos, me recosté a sus pies y me quedé dormido. Me desperté por el cri-cric de las cucarachas hambrientas sobre mis manos y la cara; salté espantado y la vi cubierta, ella también, de esos asquerosos animales . . . Desesperado, tomé una toalla y empecé a golpearlos a toda caña, a diestra y siniestra . . . ¡malditas!, ¡malditas! . . .-empecé a gritar, y me dí cuenta enseguida de mi error . . . Una vez que logré matar algunas y que se dispersaron . . ., en lo oscuro . . ., entonces, sí . . ., ya era de noche, noche cerrada, me preparé para sacarla . . . Debía bañarme, olía mal . . . Fui a la ducha . . . Mañana lo hago, me dije. Supongo que me puse colonia, me peiné . . . Intenté vestirla a duras penas, pesaba demasiado . . . Estaba rígida y rugosa, como papel de esmeril . . ., y ahí mismito, ahí, se abre la puerta y entra él . . . Grande, no, gigantesco, con una lámpara entre las manos . . . ¡El! . . . No me da tiempo a moverme. Fijo. De piedra. Ahí, en el suelo, arrodillado, mientras intento yo, a ella, calzarle los zapatos . . ., y empieza a reírse, un loco, un loco, un espíritu, un fantasma, un muerto, vieja, vieja, ayúdame . . ., pero la vieja no estaba, ni podía ayudarme, pues solo estoy . . ., ahí comprendo que el puente de que me habló aquella tarde era el puente de la locura, el puente de la vida y de la muerte . . ., el puente de los infiernos que es también el puente de la felicidad, el puente, breve y enorme . . ., el puente del sueño y la vigilia . . ., y como había entrado de a porque sí, forcejeando con él, logro sacarla del cuarto, y meterla en el suyo, y después, después, a cuchillazos deshacerme de él . . . Nadie vio nada . . . Nadie supo nada . . .

(Pausa larga. Mira a su alrededor. Recoge algunos objetos esparcidos por el suelo y los mete en el carromato.)

Yo anduve por una casa grande llena de otros espíritus, de otros fantasmas, de otros muertos, y un día pude escaparme.

(Recoge otro objeto. Lo tira con menosprecio en el carromato. Otro tono.)

Pero eso no es todo. A veces por las noches, dormido salgo de mi cobija, debajo del puente, y cruzándolo, sí, cruzando el puente, pienso que estoy muerto, y estoy otra vez, en aquel cuarto, y ella sigue dormida y él se me aparece otra y otra vez y viene y me dice - Déjala. No ha pasado nada. ¿No ves que duerme? - ¿Duerme?, digo. -Sí, duerme. Verás cómo se despierta. -Voy a encender la luz enseguida. -Quédese quieto. -Es necesario. -Enciende esta lámpara. La bondad de sus palabras me conmueve; él sonríe, mirándola. En la penumbra, siento el furor repentino de apartarlo, de arrastrarlo, de destruirlo. -¿Por qué se inmiscuye? ¡Déjeme! . . . Vuelve a sonreír: -Imbécil, mírala. ¡Es hermosa! . . .

(Pausa. Otro tono.)

Por arte de magia ella se ha transformado. Es otra y es la misma. Sí, otra. Tiene los cabellos sueltos encendidos de ojos de cocuyos, y una placidez . . . Tal vez la muerte embellece o quizás la resurrección . . . El caso es que se pone en pie, se echa a mi cuello, dulce, tierna . . ., y le dice, sonriente, mirándolo: - Gracias.

(Otro tono.)

¡Celos! ¡Celos! . . . Ella lo mira agradecida, con una efusión, con . . .

(Violento.)

¡Usted sabe! ¡No puedo evitarlo!

(Otro tono. Desesperado.)

Me aparto de ella. A la luz de la lámpara veo que le está temblando la cara . . ., veo cómo sus labios se mueven . . .

(Otro tono.)

¡No es posible soportar semejante vejación! Quiero irme, dejarlos solos . . . Este hombre viene a trastornar el ritmo de mi vida . . . Este hombre, quizás sin pretenderlo, conspira, me hunde, me hace aficos . . .

(Otro tono.)

¡No! ¡No!

(En un grito contenido.)

¡No puedo más! . . .

(Pausa larga. Otro tono.)

Salgo al pasillo. Todo es densa neblina. Podría matarlos . . . ¡Sí, a él! . . . ¡A ella, no!

(Pausa.)

Ella viene tras de mí. -¿Qué pasa? Es tu amigo. -Déjame! . . .

(Otro tono.)

Ella se aferra a mi cuerpo. Casi a rastras va conmigo escaleras abajo. En lo oscuro, él, ahora, parece más pequeño, como un enano . . ., con la lámpara entre las manos. -Deja, chica, no jeringes, le digo. Ella sube las escaleras, corriendo y gritando: -¿Porqué me odias? . . . Luego se oye un portazo.

(Pausa.)

Y yo le juro que no la odio. Ni a ella ni a nadie . . .El odio, el odio. Pero del odio que es amor, de ése habla ella, ¿no? . . . ¿Acaso jamás me perdonará que yo . . ., que yo . . .

(Hace un esfuerzo por quebrar el bastón. No puede. Caee al suelo. Mira al público anonadado.),

que yo . . .?

(Pausa. Casi en el vacío.)

No, no . . .

(Pausa.)

¡Oh, sombras infernales, dejadme en paz! ¡No quiero esos ruidos, esas cadenas agolpándose en mi cabeza! . . .

(Pausa. Violento.)

¡Basta!

(Se incorpora lentamente, con cierta dificultad, mientras tararea.)

"Allá en la Siria, había una mora . . .

(Termina el canto sollozando y en pie. Pausa. Otro tono, con una sonrisa leve, amarga y triste.)

¡Y ésa es la venganza que yo clamaba a los cielos . . ., y al mundo qué le interesa! ¡Estúpido! Eso no significa nada frente a los crímenes de los otros. Ni a la mentira de treinta años.

(Rotundo.)

La justicia tiene los ojos podridos . . ., y habría que ir a buscar a alguna parte . . ., quizás, en el corazón . . .

(Pausa breve. Sonriéndose levemente.)

Y a mí, ay, ay . . ., me dicen que ando trastornado, y loco-loco no estoy, y sin que me quede nada por dentro, lo digo y lo repito . . ., que así nací y así moriré, libre, libre . . .

(Otro tono. Alucinado.)

Usted tiene una puerta. Otra aquí. Otra un poco más acá. Otra un poquito más allá. Y una, ahí, intermedia . . . Todas esas puertas dan a un mismo laberinto. Pero, ¿qué quiere decir todo esto? . . . Porque yo me devano los sesos . . .

París, (marzo y abril 1991).